



ver que oportunamente el pueblo no está un  
corrupción porque el mismo se pide la unan-  
to de ser impuesto a la nación en el momento de  
su salida.

En este momento también se pretende silenciar  
en la multitud y solo se veían los murmullos y  
algunos gritos que se oían. Volvieron luego lo-  
raltales y otras palabras que se oían en  
consecuencia. La vista salió a la vez y un soldado  
fue corriendo en busca de un soldado que iba a  
mostrarle el camino.

— ¡Pues se está haciendo un ruido de la  
voz y Johnson y la división. ¡Mira, están de pie  
frente a mí en un momento de la voz. Como  
un momento de la voz. Johnson. ¡Pues no  
había nada de eso en esta división. ¡Pues  
a nadie más de aquí, estaba solo y había de ser  
potencia en un momento.

— ¡Solos a ti mismo y salvados si eres hijo de  
Dios. ¡Pues!

— ¡Oye, le dije Johnson, no se desahoga en el  
exterior por una justicia que no se falló como  
lo de los hombres, pues que sea justo como en  
los momentos. ¡Pues, en este momento, a la  
vez cuando se trata de la libertad y de la  
justicia en un momento.

— ¡Pues si quieres hoy, le dije John, basta abo-  
rrolo la guerra ha sido la guerra del mundo de  
Dios y su victoria así hasta que la doctrina de la  
terminada y asociación que se ha venido a anunciar  
para ser el cumplimiento del pacto.

D 6  
A

# LOS TRES MALHECHORES.

## LEYENDA ORIENTAL.

**ANGEL RESINES**

— POR —

A. COSTANT. *ing los*

*Don Nararise*  
*Pop...*

— — — — —

ANGEL RESINES

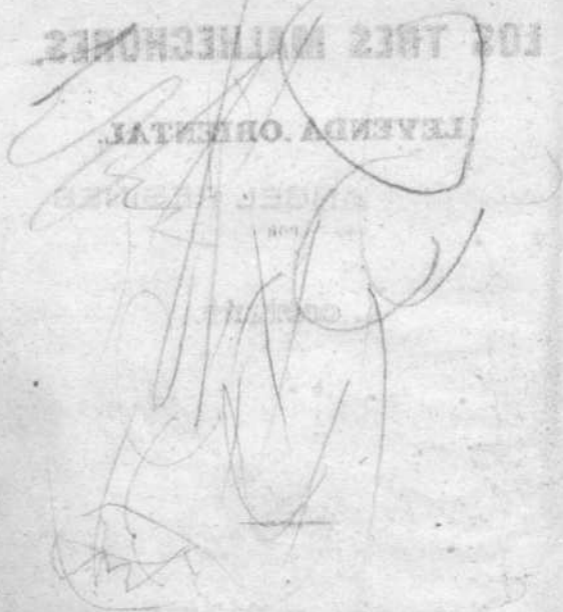
MADRID:

IMPRESA DE LA ASOCIACION.  
calle de la Cabeza, núm. 20.

*c. 431748*  
*t. 106607*

LOS TRES MILLECHONES

LEYENDA ORIENTAL



MADRID:

IMPRESA DE LA ASOCIACION  
CALLE DE LA CALERA, NUM. 20

## La fraternidad de los proscritos.

El desierto se extendía silencioso, abrasador é inmenso; un cielo de cobre, cuyos encendidos límites parecían sumergirse en un vasto campo de ceniza, presentaba inmóvil el horizonte y pesaba sobre aquella estension melancólica y sofocada; las olas de arena recientemente agitadas por el *Simoun* habían obstruido las huellas de la última caravana, y sepultados bajo montones de polvo los diseminados esqueletos que hubieran podido servir de jalones en el camino. Un calor insoportable derramaba su letárgico influjo por este siniestro imperio de la sed; el sol se cubría de cuando en cuando, sin dejar por eso de ser sofocante; y el cielo todo se parecía á un horno encendido, cuyos rojos ladrillos se ennegrecen poco á poco exhalando un calor irresistible.

En medio de este Océano de arena aparece sentada una mujer de Judea, y en su pálido rostro se retrata con harta viveza la desolacion que la oprime: sus brazos maternales sirven de cuna á un tierno infante ligeramente dormido. Sus miradas recorren con ansiedad todo lo que la rodea, para fijarse luego, llenas de una espresion indefinible, ya en el cielo amenazador y terrible, ya sobre su hijo tan bello como sosegado: no lejos de ella se movia con languidez un jumento, que abandonado á sí mismo, buscaba con los dientes, soplando en la arena, algunas raices duras y amargas, que luego no podian arrancar sus perezosos esfuerzos.

Un hombre que llevaba en la mano un odre vacío se aproximó lentamente á la jóven madre.

—Y bien, José, dádmele!

José la presentó su odre, é hizo con la cabeza un gesto de desolacion.

—¡No tiene agua! murmuró la infeliz mujer. ¡Ah! ¡Dios mio! Mis pechos están exhaustos, y cuando despierte tendrá sed!

En esto miró á su hijo y dos gruesas lágrimas brotaron de sus párpados. El niño se sonreia durmiendo, pero estaba pálido.

José observaba á la madre y al hijo, y se hallaba dominado de la mas profunda afliccion. Era hombre de edad un tanto adelantada, y en su rostro

atezado por el sol se descubría la marca inequívoca de una vida laboriosa; sus facciones revelaban bien á las claras al hombre del pueblo, pero brillaba en su frente una nobleza sin orgullo, y sus miradas eran casi tan dulces como las de su compañera.

— Dios se digna probarnos, Mirjam, dijo José con melancólica resignación; y solo nos restan tu valor y tus oraciones.

— Y él! dijo entonces Mirjam levantando la cabeza con una sonrisa de entusiasmo que convirtió en sublimes sus lágrimas ¿no está con nosotros? ¿hay por ventura, mejor oración que su dulce sueño?...

Después volvieron á clavarse los ojos de la madre en el dormido niño, á quien apenas se atrevía á tocar, temerosa de despertarle.

— Mira, añadió después de un instante de silencio y bajando misteriosamente la voz; ve á Dios en su sueño y se sonríe, lo cual nos indica que nada debemos temer; no perdamos la esperanza.

Entonces José se retiró algunos pasos, y apoyándose en el fatigado animal, que volvía lánguidamente la cabeza hácia su amo, permaneció en esta postura, pensativo á la par que tranquilo, como si aguardase los prodigios que la fé maternal de su compañera le anunciaba.

Pero de repente se levanta una polvareda que forma, por decirlo así, un espeso rastro de espuma

en aquel dilatado mar de arena. Un objeto se adelanta hácia el grupo de los tres viajeros, se ve flotar una capa blanca y brillar una lanza... José vuelve la cabeza y mira con inquietud aquel objeto.

—Mirjam, dijo dirigiéndose á su compañera; un hombre á caballo y provisto de armas corre hácia este sitio, y tal vez sea alguno de esos infieles que ensangrientan el desierto y despojan á los caminantes.

—Quien quiera que sea, repuso Mirjam sin separar la vista del hermoso rostro de su hijo, es necesario esperarle, porque el Señor es quien nos le envía.

No habia concluido de decir estas palabras y ya el árabe se encontraba cerca de ella; pero retrocediendo y empinándose su corcel á la vista de la mujer y el niño, parecia significar su temor de ofenderles con su planta: el ginete irritado le instigaba con sus vigorosas rodillas, y retorcia con el freno la espumante boca del noble animal.

El niño se despertó y empezó á llorar.

—¡Oh! exclamó Mirjam, la sed le aqueja! quien quiera que seais apiadaos de nosotros! Ved agotados nuestros odres, y no olvidéis que nuestras fuerzas no nos permitirían avanzar un paso mas... Solo os pedimos una poca agua para él!

El árabe movió á una y otra parte sus feroces



ojos, y blandió la lanza sin responder. José se adelantó entonces con resolución y se puso delante de la jóven madre como queriendo que su cuerpo la sirviese de escudo.

—¡Perfectamente! murmuró con sorda voz el caballero. Fué mi primer intento herir á una mujer... y levantó su lanza en ademán de hundirla en el pecho de José.

—¿Qué vas á hacer? le interrogó con frialdad el hombre del pueblo. ¿Acaso somos tus enemigos? ¿Y no reparas, además, que nada poseemos?

—Nunca se emprende un viaje tan largo sin disponer de algun oro, aunque poco, añadió el árabe.

Conmovida Mirjam se había levantado, y estrechando á su hijo contra su pecho, en el que este procuraba ocultar el rostro, voló en auxilio de José.

—No tenemos mas tesoros que nuestro hijo! Nuestro hijo, que tiene sed, y que llora: dadle agua, pues, ó dejadnos, porque no tenemos ni oro ni plata.

En esto habia cesado el llanto del niño y miraba al árabe con dulzura.

—¡Y bien! me agrada este niño, dijo el feroz caballero; quiero llevarle conmigo y le venderé al *melech* de Herschalaim.

Mirjam dió dos pasos atrás, cubrió al niño con

su largo velo, le estrechó entre sus brazos y miró al bandolero con desden.

—Dios te lo impedirá, le dijo.

Lo veremos, replicó el árabe, y empujó con ímpetu su caballo hácia la intrépida madre.

Mas veloz que el relámpago se lanzó José á la cabeza del animal, que estremecido, y levantándose sobre sus pies agitaba con violencia su prolongada crin; el árabe furioso no pudo ya servirse de la lanza, y arrojándola con fuerza hácia atrás, saca precipitado su puñal.

Detente ó te mato, le gritó entonces una voz vigorosa á pesar de su juvenil acento; y el árabe sintió en sus hijares la punta de su propia lanza. Quiere volverse, pero en vano; porque habiendo caido de rodillas su corcel, y antes de que pueda reconocer de donde le viene tan rudo como inesperado ataque, es derribado y desarmado por un jóven, que salta sobre él con la impetuosidad y ligereza del tigre.

José cree ver un genio protector y se inclina; mas Mirjam, á quien de repente asalta el temor de la efusion de sangre, olvida la ferocidad del árabe, é implora gracia para el vencido.

—No quiero matarle, dijo el jóven, es uno de nuestros hermanos, hijo como yo, del desierto, y proscrito de la misma manera.

—¡Sois proscrito! exclamó con viveza Mirjam, ¡y los demás proscritos son vuestros hermanos! Ah! ¿protegeréis á mi hijo?

—Yo no protejo á nadie, dijo el desconocido con una sonrisa amarga; deseo únicamente dominar á las feroces bestias, y castigar á los cobardes; no quiero tolerar tigres en la tribu de los leones! Entiéndelo bien, Oreb; y levántate para que nunca vuelva á hallarte haciendo la guerra á mujeres y niños.

El árabe desmontado ya y sin armas se levantaba con lentitud y bajaba la cabeza como un niño cogido *in fraganti* por su maestro, á pesar de que quien tan severamente le reprendía, despues de haberle maltratado por el suelo, tendria veinte y cinco años escasos; su cuerpo casi del todo desnudo, bien que bronceado por el ardiente sol del desierto, descubria sin embargo, una blancura y delicadeza nativas; una espesa cabellera de un rubio subido parecia flamear sobre su cabeza, y en estos momentos hubiera podido comparársele á David vencedor del gigante Goliath. †

—Ah! le dijo José: debeis ser un ángel. ¿Cómo, sino, habeis venido á este sitio? El *Simoun* ha debido prestar sus alas á vuestros pies, y no parece sino que el rayo ha armado vuestras manos de un poder irresistible.

—¿Qué decis de ángeles? repuso el jóven, espresando en su mirada un orgullo incomparable. Solo soy un bandolero del desierto; y si he alcanzado que mis pies venzan en ligereza á los de la gazela, y conseguido dotar á mis brazos de garras como las del buitre, es porque soy libre como la gazela y por que reino como soberano en el imperio de los buitres!

Al terminar estas palabras, el jóven hizo señal á Oreb de que marchase delante de él. El árabe cojió la brida de su caballo, no atreviéndose á montar sin la venia de su vencedor, y ambos estaban prontos para alejarse. Pero el niño empezó de nuevo á llorar, no con gritos como suelen hacer los demás niños, sino exhalando suaves y melancólicos suspiros y lágrimas silenciosas.

—¡Oh! por piedad, dijo Mirjam: dadnos una poca agua para él! Ya que conocéis el desierto, indicadme la fuente menos apartada, que sino me fuera posible de otro modo, arrastrándome sobre mis rodillas, procuraria llegar hasta ella! Me le ha confiado Dios, y en tanto que lo permiten mis fuerzas velaré por él, evitando todo aquello que pueda producirle algun sufrimiento. ¡Si pasa algun tiempo será ya tarde! Puesto que sois un proscrito, tened compasion de otro que lo es igualmente! El *melech* de Herschalaim busca á esta inocente criatura para quitarle la vida.

A estas palabras se estremeció el jóven bandolero.

—¿Es este niño su hijo ó su heredero? dijo con voz sombría: en tal caso quiero salvarle; porque será fiel á su sangre. En su dia castigará al tirano, y podrá acosar á la vez la cobardia de ese pueblo miserable!... ¿Qué niño es este? Habla, pues, mujer; comprende bien que su vida depende en estos instantes de tu sinceridad: ¿Es, acaso, un vástago de sangre real?

—Es algo mas que eso, contestó Mirjan, bajando la vista con magestad; *es un hijo del pueblo*. ¡Y es quizás el primogénito del pueblo, y tal vez tenga que pedir algun dia la herencia de su padre á los que se la han usurpado!

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó asombrado el hombre del desierto.

—Una voz que jamás engaña el corazon de las mujeres, respondió la madre.

—¿Y cuándo te ha hablado esa voz?

—Cuando era rechazada por los ricos, sin otra razon que la de no ser rica como ellos. Cuando sufría las angustias de la próxima maternidad, sin que nadie viniese en mi ayuda; cuando no tenia otra cama que el inmundo estiercol de los animales, en medio de los cuales habia usurpado furtivamente un miserable asilo para dar á luz á mi hijo.

—Espera, Oreb, dijo el bandolero.

Y acercándose luego á Mirjam con miradas menos sombrías, dejó asomar á sus labios cierta cosa que queria parecerse á una sonrisa:

—¿Con que te han hecho todo ese daño? dijo: mucho debes odiarlos! ¿Has quitado la vida á alguno de tus hijos para vengar el oscuro nacimiento del tuyo? ¿Serás, por ventura, *hermana* mia? ¿Se han manchado de sangre tus manos? ¿Quieren la sangre de tu hijo para castigarte por haber querido que te paguen las lágrimas que has derramado?

—No hay otra causa para que nos teman, que el mismo mal que nos han hecho sufrir, replicó Mirjam: y son tales, además, que ignoran las dulzuras que, perdonando al que nos ofende, se experimentan.

—Pero á tu vez les habrás hecho el mal posible, ó les habrás dejado adivinar, al menos, que educarías á tu hijo para la venganza?

—Les he perdonado, y no comprenden el perdón. Mi hijo será educado para la misericordia, y por eso le aborrecen de antemano: si fuésemos crueles como ellos no nos aborrecerían tanto, porque entonces nos unirían relaciones de semejanza.

El bandolero bajó la cabeza y guardó por algunos instantes un silencio feroz. Las últimas pala-

bras de la muger le habian herido en el corazon, á juzgar por la contraccion de sus cejas y de sus lábios; pero de pronto le ocurrió un pensamiento que le hizo sonreír. Hizo una señal á Oreb, convertido en esclavo suyo por el derecho de la victoria, y volviéndose despues á Mirjam:

—¿Quieren matar á tu hijo?... yo le salvaré, y en esto, al menos, no me pareceré á ellos! Por lo que á mi toca, puedo asegurarte que si hubiera nacido para parecerles en la crueldad de que tantas muestras ofrecen, quizá les perdonaria. Subid en ese caballo, que Oreb llevará de la rienda para conducirle á donde yo le ordené, ó si no, yo mismo le guiaré, y Oreb nos seguirá: el hombre que te acompaña puede seguirnos tambien. En mi retiro tendreis agua, y el alimento y reposo que necesiteis. Despues os hallareis en disposicion de volver á Hershalaím y rescatar la cabeza de vuestro hijo con solo que indiqueis el paradero de Johanan el ladrón.

—¿Y por qué nos ultrajáis de esa suerte, despues que os habeis propuesto salvarnos? dijo entonces José con indignacion. Si piensas recibirnos como á enemigos, no nos reveles el secreto de tu retiro.

—¿Por ventura, me seria dado recibirlos como á hermanos, añadió Johanan, yo, cuyas manos se han

ensangrentado tantas veces, y que jamás he perdonado á nadie?

—Dios te enseñará á perdonar, le dijo Mirjam, puesto que no amas esencialmente la injusticia; y el ódio del hombre contra el hombre siempre es injusto. De todos modos, ya que nos has librado de un grave riesgo, prescindamos de todo, te tenemos por hermano y aceptamos la hospitalidad que nos das. Pero ya que nos has salvado, quien quiera que seas, eres nuestro hermano y aceptaremos la hospitalidad en tu morada.

Johanán entonces presentó á Mirjam una calabaza, que suspendida en su cintura llevaba, y que aun contenía un poco de agua: la madre se apresuró á verter algunas gotas en los lábios de su hijo, que sonrió, mirando á Johanán, como si tratase de darle gracias.

Johanán y José ayudaron á Mirjam á colocarse en el caballo de Oreb, cuyas bridas tomó el mismo Johanán con una mano, conservando en la otra la lanza y el puñal del vencido.

Oreb les seguía en silencio y caminaba al lado de José conduciendo, según las órdenes de Johanán, la indócil montura que pertenecía á los viajeros.



## II.

### **La madriguera del Buitre.**

Treinta años despues de los sucesos referidos, un hombre, solo, subía á lo largo de una tortuosa senda en las áridas rocas del desierto sobre los confines de la Judea.

Este hombre debia ser jóven aun, pero el hábito de reflexionar habia surcado ya de arrugas su frente y enflaquecido sus mejillas; su porte era magestuoso y grave; su mirada, cariñosa y dulce como la de un niño, manifestaba un talento y una tristeza indefinibles; sus cabellos largos y sedosos caian sobre su frente á semejanza de los nazarenos, y descendian al cuello en bucles espesos, de un amarillo con golpes dorados; en su fisonomia la mas esquisita delicadeza se unia á un carácter elevado; su boca, ombreada apenas por una barba algo mas blanca que sus cabellos, demostraba benevolencia

sin debilidad, y resignacion sin orgullo; pero no podría espresar su esquisita pureza; una túnica de lana de color de ceniza tejida sin costuras se ceñía á su cuerpo, y un gran manto blanco, parecido al de los árabes del desierto, le cubria todo y caía sobre su espalda. Tenia una de sus manos oculta bajo el trage, la otra en el pecho, y su paso, siempre igual, parecia aéreo como el de un espíritu.

Al verle subir sin esfuerzo pendientes escarpadas y dominar con sangre fria abismos que darian vértigos al mas atrevido, se le habria creído en efecto el génio del desierto. Quizá alguno al verle de lejos tendria miedo de él; pero habia en toda su persona un aspecto tal de benevolencia simpática, que ningun niño, viéndole de cerca, habria podido dejar de sonreírle y amarle.

Llegó á la punta de una roca, enfrente de una caverna abierta en el granito de una roca mas elevada y separada de él por un abismo. Detúvose allí, y con voz afable pero sonora, llamó dos veces:

Johanan! Johanan!

Entonces apareció en la entrada de la caverna un rostro terrible: difícilmente se podía distinguir si era un hombre ó un leon. Su barba y cabellera amarillentas apenas dejaban ver sus facciones salvajes, y parecian crines; por todo traje llevaba una especie de calzon de piel de tigre; su epidermis pa-

recia endurecida por el fuego del sol, y habia en sus movimientos la agilidad que se nota en los de los animales salvajes.

¿Quién se ha atrevido á llamarme? prorrumpió con ronca voz, semejante á un rugido; y con mirada llena de asombro contemplaba al extranjero, que lleno de calma y de esplendor, envuelto en los pliegues de su manto blanco, sobre la punta del pico cuyo camino solo habia sido conocido hasta entonces por los buitres y Johanan.

—Qué me quieres? preguntó.

—Quiero llegar hasta tí, dijo el desconocido con dulzura; establece un puente sobre este precipicio.

—Y qué! acaso te atreverás... exclamó Johanan.

Entró en la caverna y volvió cargado con un gran árbol despojado de su corteza, que hizo deslizar con sorprendente destreza, estableciendo una comunicacion que daba espanto entre la punta de la roca, sobre la cual estaba de pie el desconocido, y la entrada de su morada.

El extranjero no titubeó en poner el pie sobre este camino aéreo, y se adelantó hácia el facineroso con tanta seguridad y sangre fria como si hubiera pasado por entre rosas á través del valle de Sarons.

Johanan dió un grito de alegría feroz, y cogiendo entre sus manos huesosas y armadas de uñas como las garras de un buitre, la estremidad inferior de su árbol:

—Detente, le dijo, y respóndeme á presencia del abismo, donde con solo moverme puedo precipitarte. ¿Quién te ha enviado á mí? ¿Quién te ha enseñado mi retiro? ¿Quién eres? ¿Qué me quieres? ¿Sabes que tu vida me pertenece? ¿Has venido á buscar la muerte?

Detúvose á estas palabras el extranjero, y sonrió con melancolía:

—Mis dias están contados, dijo, y no debo morir á manos de Johanan. Los que buscan á Johanan para hacerle morir, quieren tambien mi muerte; porque me confunden con los que ellos llaman malhechores. Conozco á Johanan porque ha salvado á mi madre; y vengo á él porque vine hace treinta años, cuando me hallaba ya proscripto y acababa de nacer. Mi madre se acuerda siempre de ello; muchas veces me ha hablado de la hospitalidad de Johanan, y no le he olvidado.

A estas palabras el facineroso se levantó y tendió la mano al extranjero; pero como este, muy serio no le presentó la suya, Johanan se retiró frunciendo las cejas con inquietud.

—Estás aun proscripto? preguntó; te has vengado de los que te persiguieron en los brazos de tu madre?

—Estoy demasiado vengado, puesto que estoy proscripto, respondió el misterioso viajero entrando

en la caverna; y los que me persiguen no escuchan mis palabras, que les salvarian.

—Eres por ventura encantador, para tener palabras que salvan? Por mi parte solo tengo manos que matan, y creo mas en su eficacia.

—La vida es mejor que la muerte, y la misericordia mucho mas fuerte que la venganza.

—Dónde está la misericordia? dijo con sarcástica risa Johanan; quizá estará oculta en la cueva de los leones; pero ciertamente no se halla entre los hombres.

—Entremos en tu morada, respondió pacíficamente el extranjero.

Entraron juntos en el interior de la caverna, que estaba iluminada por una lámpara de oro suspendida en la bóveda. Veíanse allí amontonados ricos despojos, cráneos secos al sol é incrustados en las paredes, formando un lúgubre adorno. Colocados en la sombra estaban unos odres de agua y otros llenos de vino: una tela arrollada servia de asiento. El extranjero, precedido de Johanan, entró sin conmoverse y alzando los ojos al cielo:

—Padre mio, exclamó, bendito seas: porque aqui vuestra misericordia vino al socorro de mi madre, y porque Johanan, que se dice hijo de la muerte, fué enviado hace treinta años, para salvarnos la vida!

Después, dirigiéndose al bandolero, que estaba asombrado, y tendiéndole la mano: y mirando al no

—Poco ha, le dijo, no he dado mi mano al que acababa de amenazarme, y podía creer que aun le temia; ahora soy yo quien le tiendo la mano.

Habia en el lenguaje y las facciones del desconocido tan verdadera magestad, que Johanan, subyugado á pesar suyo, le hizo sentarse con respeto; y no atreviéndose á colocarse á su lado, quedó de pie en su presencia, pensativo y con la vista baja.

—No he olvidado á tu madre, dijo después de un rato de silencio; era valiente y fuerte como tú, y como tú tenía palabras que hacian latir el corazón, aunque no se la comprendiese. ¿Sufre aun por la injusticia de los hombres, y habla como siempre de perdonarlos? Y tu padre, ese hombre fuerte en dulzura y sóbrio en sus discursos, vive aun? es feliz? Y el saltador pronunció esta última palabra con una sonrisa de incredulidad llena de amargura.

—Nuestro padre, el padre de todos, es feliz, dijo el hijo de Mirjam, y por lo mismo sus hijos deben esperar en sus dolores. ¿Por qué me hablas de José y de Mirjam? José ha trabajado ya y descansa; Mirjam prosigue su viaje conmigo; porque, aun cuando estoy lejos de ella, su alma está unida á la mia. Mirjam es para mi como una hermana; mi madre es la humanidad, y mi padre es, el padre que está en los cielos.

—Cuál es, pues, esa humanidad que llamas tu madre?, dijo Johanan. Quieres hablar de esa raza cobardemente feroz y rastaramente avara que aborrezco, y me siento enorgullecido por ello? O acaso de esa familia de ladrones en la cual los hermanos despojan á los hermanos, y para quienes el pillage solo está proscripto cuando no es ratero? O de la especie de los chacaes que buscan la noche porque la luz los denuncia, y que temen los progresos de la vida porque se alimentan con los muertos? —

—No hables de muertos; esas cabezas que te oyen, dijo el extranjero, dirigiendo una ojeada triste y severa á los cráneos que tapizaban las paredes de la caverna.

—A estas palabras los ojos de Johanan chispearon: sus pupilas de león se erizaron, se puso encendido de tal modo, que parecía echar sangre con el fulgor rojo de la lámpara; un ronco suspiro escapó de su pecho; se adelantó altivamente, y con las narices hinchadas de cólera, gritó:

—¡Oh! que me oigan si pueden aun; no tengo cuidado de que me respondan! No temo tampoco que me acusen. No des habia hecho nada cuando han querido hacerme morir. Me han atacado cobardemente y los he asesinado arriesgando mi vida; eran mas culpables que yo; pero he sido mas fuerte que ellos.

—Todos aquellos á quienes has robado y asesinado, querian tu muerte? preguntó el hijo de Mirjam.

—Eran ricos, dijo Johanan con acento sombrío; y no son los ricos los asesinos de los pobres, puesto que gastan lo supérfluo y el lujo con lo necesario de los que se mueren de hambre? ¡Oh, miserables! manifiestan mejor su crueldad que si les matasen... les dejan morir!...

—El extranjero habia bajado los ojos, y dos lágrimas surcaban sus mejillas.

—¡Oh! tú tambien, continuó Johanan con terrible violencia, tú tambien eres un hijo del pueblo, y has sufrido! Habrás pasado hambre, pero al menos jamás habrás sido esclavo... y yo... yo, añadió el saltador rugiendo y levantando sus manos crispadas sobre su cabeza, me he visto precisado á ser asesino, porque no he querido ser esclavo!...

Una carcajada convulsiva, entrecortada por los sollozos, siguió á esta furiosa exclamacion; despues, empujándose bruscamente los ojos con sus manos, se dejó caer sentado en tierra, cruzó los brazos sobre el pecho, miró los cráneos con desden, y fijando en el hijo de Mirjam una fria mirada, sonrió.

Este, que tambien le miraba con calma, le dijo:

—Johanan; el hombre nada puede sobre la volun-



tad del hombre; no hay mas esclavos que los débiles y los malvados. Queriendo obligarte á servir, exigian de tí una cosa contraria á tu naturaleza; pero ¿no es tambien contrario á la naturaleza del hombre manchar sus manos en la sangre de un hermano? Querian hacerte esclavo, ese es su crimen; pero tú te has hecho asesino, ese es el tuyo.

— ¡Mi crimen! exclamó Johanan; ¡cuando he asesinado solo para defender mi vida! Pero me direis, ¿podias renunciar á la vida, y no manchar tus manos en sangre!... No, no he defendido mi vida, combatia por otra cosa mucho mas preciosa, defendia mi libertad!

— Es decir que defendias tu alma de la tiranía de la carne. ¿Por qué no la has defendido tambien de tu propia cólera? ¿Querias librarla de la esclavitud, por qué no la has librado del robo y del asesinato?

— Porque vivia entre asesinos y ladrones.

— Hubiérais merecido mucho, no pareciéndote á ellos.

— Entonces habria sido su víctima.

— Y su juez; pero ahora serás juzgado por ellos, y tendrán derecho á condenarte.

— Dictando su propia sentencia!

— Sin duda; pero si el mundo presente se condena á sí mismo, confiesa la justicia del porvenir.

—Tiene derecho de condenarse á sí mismo, puesto que es malo.

—Y á tí, que te crees bueno, te condenarán también, porque no te pareces á ellos.

—Mal me podría condenar, pues que ni puede juzgarme ni sabría comprenderme.

—Te asesinará entonces.

—Y bien! Será criminal y yo seré su juez supremo; me manifestaría mucho mas poderoso que si le castigase... le perdonaría.

—Morirás sin embargo.

—Y tú crees no morir nunca.

—Moriré libre, maldiciéndole.

—No! el que maldice al morir no muere libre; es esclavo de su ódio! El hombre libre es mas fuerte que la injusticia, mas fuerte que los tormentos y la muerte, mas fuerte que sus propias pasiones: ese deja sin heridas el combate de la vida y entra como rey en la inmortalidad por una puerta triunfal! Johanan! Johanan! Si es que amas la libertad mas que la vida, debes comprender que el alma no muere, y que llevará por toda una eternidad el recuerdo de sus venganzas ó de sus perdones!

Al acabar estas palabras, el estrangero se levantó con magestad; su frente parecia despedir una luz divina, y se hubiera creído al ver la vivacidad de sus ojos, se hubiera visto en su mirada un mun-

do de pensamientos nuevos. Volvió á pasar el árbol que servia de puente al precipicio; Johanan le seguia.

--Dónde vas? le preguntó el hijo de Mirjam.

--Voy contigo, le dijo Johanan, pues que sabes el camino que conduce á la libertad.

--No podemos marchar aun por el mismo camino, contestó con dulzura el inspirado viagero. Voy á orar durante cuarenta dias en estas soledades; despues volveré entre los hombres á amarles, á hacerles bien, á sufrir el mal que me hagan, para vencer el mal con la fuerza del bien, y á morir para legarles la inmortalidad. Si te crees bastante fuerte para hacer lo mismo, y empiezas desde ahora esta vida nueva, podrás venir dentro de tres años á unirme conmigo en Herschelaim, y te haré entrar en el reino de la libertad que te he anunciado.

--Hasta dentro de tres años! dijo Johanan:

Y se separaron.

### III.

## El rico y el pobre.

Tres años despues, el rico Seir daba un espléndido banquete.

A él asistian los que creia sus amigos, y los que tenia por enemigos queria mortificar de este modo su envidia.

Mucho ódio, en efecto, se habia reconcentrado sobre Seir, porque sus numerosas riquezas le proporcionaban gran número de envidiosos, y la implacable dureza de su carácter convertia en enemigos á todos los que podian tener necesidad de él. Era ya anciano, calvo, ceja blanca y espesa, de barba amarillenta y rostro bronceado. Su origen era un misterio, y nadie sabia donde adquiriera sus tesoros que deci a haber reunido traficando en países leja-

nos; pero la ferocidad impresa en sus facciones, y sus miradas siempre inquietas y torvas, hacian sospechar una conciencia inquieta por el remordimiento de sangrientos recuerdos. Por esto quizá procuraba rodearse de levitas y fariseos, y nadie se mostraba mas asiduo que él en los sacrificios, como si hubiera querido pedir á la supersticion la tranquilidad que la conciencia le negaba.

La mesa, cubierta de telas preciosas, se hallaba colocada en una sala de mármol, cuyas ventanas caian sobre jardines pintorescos; los esclavos la llenaban de vagilla de oro y plata; ricos pebeteros embalsamaban el ambiente con delicados perfumes, y los músicos, vestidos de blanco y coronados de flores, preludiaban con harpas y flautas melodiosas los himnos que debian despertar la alegría de los convidados.

En tanto que los comensales empezaban á llegar en tropel, y que las esclavas introduciéndoles en la sala de baños, ofrecian á sus manos y pies el agua y los perfumes hospitalarios, Seir se retiró un momento al fondo de sus jardines, subió á una colina sombría cubierta de nópalos, desde donde se presentaban á su vista una gran parte de sus ricos dominios: se sentó y pasó sus manos por la frente como si pretendiera desechar un pensamiento importuno; pero contemplando con orgullo todo lo que

le rodeaba y la magnificencia de su túnica, dejó escapar en alta voz esta exclamación:

—Estoy justificado, pues que soy rico.

—Seir! le respondió una voz misteriosa desde el fondo del bosquecillo, será tu alma tan rica si dentro de algunos días es llamada á comparecer delante de Dios?

El rico se conmovió profundamente y volvió la cabeza como una serpiente herida; dirigió la vista al parage de donde la voz habia salido y vió cerca de la tapia, al pie de la colina donde se alzaba el pequeño bosquecillo de nópalos, un extranjero que le dirigia una mirada triste y severa.

En él reconoció al profeta de quien se hablaba entonces en toda la Judea, y al que los escribas y fariseos apellidaban Jeschú Barjosé.

—Que me quieres mendigo? le gritó Seir; por qué vienes á hacer tus hechicerias delante de mis jardines? Ve á embaucar á las mugercillas con quienes vives. No te conozco.

—Yo si te conozco, respondió el hijo de Mirjam; hace treinta y tres años encontré en el desierto á un bandido llamado Oreb que me habló de tí.

—Silencio!! gritó Seir con una voz sorda corriendo hácia el profeta, cállate! Qué me quieres? Necesitas oro?

—Nada quiero, respondió el profeta, porque el

que recibe se empobrece; el mas feliz es el que mas dá, y esta es una felicidad que tú no has conocido todavia.

—Entonces á qué vienes?

—A darte un consejo.

—Habla pronto, pero ten cuenta con dejar escapar el nombre que acabas de pronunciar.

—Nada temas; te llamaré Seir. Escucha con atencion lo que te voy á decir. Tu riqueza es la vida de aquellos á quienes despojaste; debes devolvér-sela á sus herederos legitimos.

—Acaso sé yo sus nombres ni donde se hallan sus herederos? respondió Seir con un gesto de impaciencia.

--Aquellos que carecen de todo son los herederos legitimos de los que despojaste. Si nunca hubiera habido ladrones, jamás habrian existido pobres sobre la tierra, dijo el profeta.

--Muchos pobres son tambien ladrones, replicó Seir, porque son perezosos, y el perezoso roba el pan que mendiga.

--Dios no ha creado perezosos, repuso el hijo de Mirjam. Escrito está que el hombre ha nacido para el trabajo como el ave para volar; pero el trabajo del hombre debe ser fructuoso y libre y los que han usurpado la tierra apropiándosela para ellos solos le han hecho odioso, haciendo nacer la pereza con la invencion de la servidumbre.

—Bien se deja ver en tus palabras el génio sedicioso que tan justamente alarma á nuestros sacerdotes! Andate con cuidado, Galileo!

—Nada temas por mí. Estoy pronto á volver al que me envia. Yo sí temo por tí y quisiera salvarte la vida si pudiera hacerte mejor.

—Quién te mueve á tener tanto interés por mí? Acaso está amenazada mi vida?

—Nada debo á Seir; pero debo perdon á el árabe que hace treinta y tres años queria matar á mi padre y á mi madre para vender la cabeza de un niño á los verdugos del Tetrarca de Galilea. Respecto á tu vida, no te pertenece ya; la debes á los huérfanos y á los pobres puesto que has hecho huérfanos y pobres. Cuida del pobre como si fuese tu hermano y del huérfano como si fuera tu hijo, y tus pecados serán perdonados.

Apresúrate á hacer justicia al primer pobre que venga á tí; quizá el segundo haga justicia contigo.

Da la vida al primero, no sea que el segundo te pida la tuya y no puedas rescátarla ni aun al precio de todas tus riquezas.

Dicho esto, el hijo de la humanidad se alejó, y Seir, para distraerse del importuno recuerdo de sus palabras, pasó en seguida á la sala de baños, se lavó, se perfumó y, ataviándose con su magnifico traje, se presentó por fin en la sala del festin donde ya se hallaban reunidos todos los convidados.



Mucho habian ajado el orgullo de Seir las palabras del profeta; al verse solo en presencia de este hombre poderoso, que leia en su corazon y en su pasado, tembló Seir; pero vuelto al seno de su lujo, y en medio de sus aduladores se indignó de su cobardia. Los fariseos y sacerdotes que vinieran á participar de las delicias de la mesa de aquel quien odiaban en el fondo de su corazon, hablaban con indignacion y cólera del profeta á quien apellidaban el impostor de Galilea. Seir les escuchó con una alegría llena de rencor y de ódio, y se admiró de que aun no se hubiera hecho justicia de aquel enemigo de la sociedad, de aquel seductor del pueblo. El capitán de los guardias del templo, que era del número de los convidados, refirió que los agentes que él habia enviado para prender á Jeschu, habian sido desarmados y alucinados por el encanto de sus palabras. Pero yo seré bastante fuerte para arrestarle á pesar de su mágia, tan pronto como reciba la órden del procónsul.

Al llegar á este punto, la conversacion fué interrumpida por un rumor extraño que se dejaba oír á la puerta de la casa:

—¿Qué significa eso? preguntó Seir al intendente de sus esclavos.

El intendente corrió á informarse, y volvió anunciando que un miserable, cubierto de úlceras, esta

ba tendido delante de la puerta de donde no se le podía echar, porque estando desfallecido, no podía servirse de sus miembros. El rico, acompañando sus palabras con un gesto de disgusto, le respondió:

—Haced que los esclavos, encargados de quitar las inmundicias, lo arrojen al fondo del valle como á un perro muerto.

Después hizo colmar las copas y rellenar de perfumes los pebeteros.

—Haced quemar algunas pastillas odoríficas delante de la puerta, volvió á decir Seir al intendente de sus esclavos, y limpiar con esmero el puesto que ese miserable ocupaba.

Los vinos más esquisitos, continuaron vertiéndose con profusión en las copas de oro, en tanto que las flautas y las cítaras dejaban oír sus melodiosos acentos; una nube de perfumes subía hasta las cornisas y las bóvedas doradas, y los semblantes de los convidados se animaban á medida que las conversaciones se hacían más numerosas y vivas. De repente el intendente de los esclavos entra con ímpetu, pálido de cólera, se prosterna ante Seir, y le dice:

—Señor, el rumor de la noticia de vuestro festín, atrae sin duda esa raza inmunda. Apenas nos hemos desembarazado del leproso, cuando otro

mendigo se ha presentado á la puerta. Ni con las injurias, ni con los golpes le hemos podido ahuyentar; mejor quiere morir á palos que de hambre. No le ois? pide á gritos las migajas que caen de vuestra mesa.

—¡Qué venga! rugió Seir furioso, vereis lo que le doy!

Diciendo esto, empuñó un escabel de bronce cubierto de ricos cojines, sobre los que descansaban sus pies.

—Hacedle entrar, yo lo mando.

Los convidados al ver este furor, quedaron atónitos y estupefactos. El intendente salió y al cabo de un instante un fantasma, cubierto de harapos apareció en la puerta de la sala. Traia la barba y los cabellos erizados; su cara demacrada y pálida como la de un cadáver; sus ojos undidos en sus órbitas, despiden los últimos rayos de la desesperacion. A su vista Seir lanza el escabel, que, sin tocar al mendigo, va á romper un candelabro. El viejo feroz, busca su cimitarra, los convidados se levantan y le detienen: el mendigo permanece inmóvil, mirando fijamente á Seir. De repente señala al rico con su mano crispada:

—Es él! esclama con voz ahogada. Si! si! es él no me engaño! es el asesino de Jericó!!... Capitan de guardias! prended á ese hombre, es un asesino... un foragido!

Seir queda anonadado como si el rayo le hubiera herido; un profundo silencio sucede al tumulto; se interroga al mendigo.

—Sí, él es quien me detuvo, bajando de Hersehalaim á Jericó. Llevaba conmigo toda mi fortuna en oro y en piedras preciosas. ¡Oh! le buscaba hace mucho tiempo y la justicia divina me le entrega por último... Me dejó moribundo en medio del camino y habría muerto á no ser... por un pobre... viajero de Samaria!... Prended á ese facineroso, os digo, porque bajo el falso nombre de Seir y con el traje de rico religioso, es un ismaelita y un asesino. Es uno de los malhechores que hace tiempo escapan á las pesquisas del proconsul... Preguntadle sino fué esclavo del ladron Johanan, y si su nombre verdadero no es el de Oreb!

Era demasiado para Seir; las palabras amenazadoras del profeta llegaron á resonar en su alma como la trompeta del ángel exterminador. Mira en torno suyo, como espantado, y lee ya el triunfo del rencor en el semblante de todos.

—Perdon, esclama tendiendo las manos hácia el pobre y cayendo de rodillas. Mas ya un velo cubrió su rostro: los fariseos bajo la accion de lo vinos generosos que habian livado en abundancia, estendieron sus manos sobre su cabeza para dar testimonio contra él. El capitan de los guardias le arresta;

pues estaba encargado de la policía interior bajo las órdenes del proconsul. Que se le lleve á un calabozo gritaron los concurrentes á una voz. En este momento, aprovechándose del tumulto, los esclavos se arrojaron sobre los restos del festin y mientras que llevaban al prisionero hicieron sentar al mendigo en el puesto de su señor, y dándole pan y vino le pidieron que contase su sangrienta aventura del camino de Jericó: despues salieron todos reunidos para asistir al interrogatorio de Oreb, á quien llevaban ante el proconsul.

Al paso encontraron un hombre de exterior religioso y grave que entraba con doce amigos suyos en una casa á celebrar la Pascua: era el hijo de Mirjamacompañado de sus mas fieles discípulos.

Algunos fariseos, que habian quedado rezagados al salir de la casa del mal rico, marchando á alguna distancia de los esclavos, vieron al profeta entrar en la casa que habia escogido para la cena, y señalándole con el dedo empezaron á hablarse en secreto haciendo movimientos de cabezas y dirigiéndole miradas siniestras.

Trasponia á la sazón el sol los montes del ocaso y la noche se acercaba; las primeras estrellas de la tarde rielaban apenas y la luna llena que presidia las solemnidades de la Pascua mostraba ya su disco ancho y rogizo á través de la bruma del horizonte.

#### iv.

### Los tres malhechores.

Desde el amanecer del siguiente día toda la ciudad estaba en movimiento y circulaban por ella los mas estraños rumores.

Asegurábase que habian sorprendido una reunion de bandidos; que Seir, uno de los jefes en quien un mendigo habia reconocido á el feroz Öreb, habia sido entregado á la justicia; pero lo mas chocante era oír decir que el profeta de Galilea al frente de los discípulos afiliados, habia atacado la guardia del templo, durante la noche, con objeto de apoderarse de la ciudad y entregarla á los bandidos del desierto, con cuya cooperacion esperaba proclamarse rey.

Los que habian oido y comprendido los discursos pacíficos del hijo de Mirjam, no daban crédito á estos rumores que entre la multitud se oían. Se daba, no obstante, por cierto que el profeta preso durante la noche, se hallaba encerrado y sujeto á una vigilancia esquisita, en el palacio de Caifás.

La multitud afluía hácia el pretorio ante el tribunal donde se debía llevar á Oreb para que pronunciara su sentencia.

Numerosos grupos, en cuyo centro peroraban los fariseos, se hallaban reunidos en los alrededores del palacio de Caifás.

Fuera del primer patio un hombre del pueblo sentado en un banco de piedra lloraba sin atender ni ver á nadie. Los fariseos le señalaban con el dedo.

—Mirad, mirad, decían al pueblo, ese es el pescador del pez Barjona, que ya se arrepiente de haber dado oídos á ese impostor, y ha declarado anoche que no le conocía; pero aun está impuro á pesar de su arrepentimiento, no será admitido en la sinagoga.

Los que pasaban se iban deteniendo y escuchaban lo que se decía: despues otros les llamaban y gritaban á fin de que apretasen el paso, porque el prefecto Poncio debía sentarse desde muy temprano en el pretorio.

—Iremos al juicio de Oreb, decían; despues será probablemente el de el Galileo.

Aun no eran las tres de la mañana, y ya una inmeasa muchedumbre ocupaba todas las avenidas de la plaza del lecho de piedra; se esperaba al prefecto Poncio.

No tardó mucho en presentarse sobre el terraplen del pretorio precedido de los lictores. Era rechoncho su rostro... y su mirada enfermiza. Favorecido con la confianza de Tiberio, y conociendo todo el peligro que habia en ella, no tenia tranquilidad, se manifestaba indiferente á todo lo que no pudiera servir á su ambicion rastrera y febril; despreciaba á todos los hombres porque era romano y veia con una repugnancia invencible á los judíos, que habian llegado á ser esclavos en la Roma de los emperadores, habiendo gozado de su libertad ante la República romana.

Sentóse sin afectacion en el lishostrotos ó lecho de piedra que servia de tribunal, y preguntó al relator qué juicios habia.

—Despues del salteador se juzgará á un sedicioso, que se llama á si mismo rey de los judíos, contesto este:

**Poncio** se encogió de hombros.

—Mejor harian en atar á los locos, y no mandármelos aqui para que los juzgue! murmuró Pon-



cio; que se presente Oreb y sus acusadores.

A estas palabras se abrió una puerta baja del pretorio, y los soldados de la guardia romana empezaron á despejar.

Oreb, despojado de sus ricos trages, y atadas las manos á la espalda, fué conducido ante el prócsul; los mismos que la víspera comian á su mesa, se presentaron á deponer contra él. Un ladron llamado Barrabás, que habia reconocido á Oreb en la cárcel, fue careado con él, y horrorizando á todos contó al pueblo los crímenes que juntos habian cometido: se hacia delator con la esperanza de obtener el perdon; y Poncio, fiel á los hábitos del tribunal de Tiberio, prometió recomendarle á la clemencia del pueblo con motivo de las fiestas de la Pascua.

Despues se oyó la confesion del herido de Jericó, que refirió minuciosamente sus desgracias; recogido primero por un pobre samaritano, á la muerte de su bienhechor, se vió obligado á buscar otro asilo; pero los sacerdotes le rechazaban llamándole samaritano por haber aceptado la hospitalidad de un cismático. Habíase visto reducido á vagar por el desierto con objeto de encontrar á los facinerosos y sobre todo al que habia sido autor de todos sus males y vengarse ó morir á sus manos. A todos habido de él, y llegó á saber al fin

debía ser el feroz Oreb, esclavo del ladrón Johanan, sobrenombrado el Buitre.

Todos sabían ya que en medio de una fiesta, Oreb, enriquecido á fuerza de latrocinios, había sido reconocido por su víctima; los fariseos y levitas atestiguaron de los trasportes y confusión del pretendido Seir; y todos, según la costumbre judáica, estendieron otra vez sus manos sobre la cabeza del culpable para arrastrarle al suplicio, y Poncio pronunció la sentencia que le condenaba á ser crucificado el mismo día en el Gólgota, quedando confiscadas sus riquezas á beneficio del divino emperador.

Y á mí, gritó el herido de Jericó, ¿quién me hará justicia? ¿Para qué quiero la sangre de ese hombre si haceis conmigo lo mismo que él? ¿Qué crimen he cometido contra el emperador para que me condene á morir de hambre? Pido justicia de mis jueces.

—Hechad de ahí ese mendigo, dijo Poncio á sus lictores.

Y el herido de Jericó fué rechazado bruscamente del recinto del lithostrotos mientras se introducía á Oreb y á Barrabás por la puerta baja del pretorio.

—¡Oh! voy á ocultarme en el desierto y me haré asesino como Oreb, pues que no hay justicia entre los hombres! gritó el desgraciado retorciéndose los brazos con rabia.

—Te engañas, le dijo un hombre de aspecto salvaje que hacia algunos instantes se habia aproximado á él. No siempre la justicia se administra por los que juzgan y condenan; habita á veces en el corazon de los que saben ser libres y morir. Espera un instante, y te se hará. Al acabar estas palabras se dirige al pretorio y dirigiéndose á Poncio.

—Aquí se ha hablado, dice, de Johanam el Buitre, y se ha prometido un talento de oro al que lo entregase vivo. Tengo derecho á esa recompensa, y la debo á ese hombre, añadió, señalando al herido de Jericó; yo soy Johanam el ladron, soy responsable de los crímenes de Oreb, porque en vez de haber librado de ese monstruo á la tierra, me contenté con hacerle mi esclavo. ¡Debiera haber comprendido que ese miserable solo robaba para enriquecerse!

Al ver á este hombre formidable que presentaba sus manos armadas de uñas á las esposas, los lictores retrocedieron asustados y no se atrevian á tocarle. El mismo Johanam se aproximó á ellos y se dejó encadenar sin la menor resistencia. Su nombre y crímenes eran bien conocidos. Poncio que deseaba concluir, declaró que le aplicaba el juicio de Oreb y que los mismos verdugos servirian para ambos. No se sabe si el talento de oro fué pagado fielmente al herido de Jericó, que bendiciendo á Johanam lloraba de gratitud.

Ya iba á retirarse Poncio cuando un gran rumor llamó su atencion, recordándole á su pesar,

que aun tenia que decidir en otro juicio ; los criados del pontífice Caifás unidos á una turba de fariseos y soldados del Templo traian arrastrando con estrépito terrible á un hombre cuyo rostro se ocultaba entre los cabellos que caian en desórden, y cuya túnica estaba manchada de sangre.

—¿Qué es eso? dijo Poncio con disgusto.

—Es el falso profeta! El Galileo! ahullaron cien voces.

—Llévadle al Tetrarca de Galilea, dijo Poncio.

—Al palacio del Tetrarca, gritaron todos, y la multitud se arremolinó al rededor de aquellos que conducian al profeta.

Una hora despues veíanse tres cruces nuevas, colocadas en la puerta de la prision, y resonaban furiosas imprecaciones al rededor de el tribunal de Poncio ante el cual habia vuelto el populacho con su victima.

Los verdugos se dirigian al Gólgota á caballo, pasando por la puerta llamada Judiciaria, por leerse en ella la sentencia de los criminales.

La multitud era tan compacta, y tan grande el ruido al rededor del lithostrotos, que era imposible oír lo que pasaba allí. Vióse aparecer solo un instante sobre el terraplen un espectro ensangrentado, que parecia un hombre, cubierto con trozos de púrpura; la multitud prorrumpió entonces en feroces rugidos.

Despues pudo verse á un esclavo que traia agua y al procónsul que se lavaba las manos.

V.

**La justicia de los hombres y la justicia de Dios.**

El Gólgota era un montecillo al Este de Hershalaím ó de Jerusalem. Estaba separado de la ciudad por un valle maldito, donde se echaban los restos de los animales y los cadáveres de los ajusticiados. Entre las piedras pizarrosas de la colina del suplicio, veíanse sembrados aquí y allá huesos fétidos y descarnados cráneos.

Eran las doce; los verdugos romanos se hallaban sentados al lado de dos cruces tendidas al pie del montecillo, en la senda que conducía á la cima del Moria. No se había traído aun la tercera, por ignorarse la definitiva condenación de Jeschu ó Jesus el Galileo.

El sol, que habia brillado toda la mañana, empezaba á nublarse; veíanse pasar por el camino inmediato á la montaña una porcion de judíos que venian á Jerusalem á celebrar las Pascuas; otros salian de la ciudad, para asistir á la crucifixion de los condenados, y todo ese confuso tropel, que se mezclaba con voces estrañas y sordos rumores, y que iluminados por una débil claridad, hacia aparecer pálidos todos los semblantes, parecia un pueblo de fantasmas.

De repente, el torrente de los que querian entrar por la puerta Judiciaria se detuvo; los soldados prohibian el paso y en un momento se esparció la noticia de que se estaba leyendo la sentencia de muerte á Jesus el falso profeta.

Un momento despues la multitud, rechazada por los soldados, se estendió al rededor de la colina, donde aparecieron al instante dos hombres á quienes se conducia con las manos atadas á la espalda. Eran Oreb, que tambaleándose y con la cabeza baja apenas podia sostenerse, y Johanam que marchaba con paso firme y volvia á menudo para mirar con manifiestas muestras de dolor al que venia detrás de ellos.

En efecto, un hombre pálido y lleno de sangre, se arrastraba rodeado de la flor y nata de la milicia judía, tropezando á cada paso y dejando tras sí una huella de sangre. El populacho le miraba con horror y le llenaba de improperios por que estaba horrible, desfigurado, y parecia que subia por la senda á gatas, por no poder sostener-

se. Algunas mugeres lloraban, y hubiera podido notarse una, que sin llorar seguía al condenado tan de cerca como lo permitían los verdugos. Esta muger iba pálida como la muerte, y su rostro contraído apenas podía mirarse; pero si alguno hubiera fijado su atención y comprendido su mirada, que seguía sin descanso la sangrienta huella del profeta, se habría visto suspenso al notar en vez de una triste desesperación, toda la energía de la fé y el entusiasmo inspirado de la esperanza eterna. Era la más grande entre las mugeres, y la más sublime de las madres, la que hemos llamado Mirjam, según el uso de los orientales y á quien el mundo ha invocado después bajo el dulce nombre de María. A su lado iba Juan, el amigo y confidente íntimo de Jesús: miraba alternativamente á la madre y al hijo, después su mirada se fijaba y parecía contemplar y abrazar en su conjunto los espacios infinitos. Las lágrimas se secaban entonces al borde de sus ardientes párpados y sus labios entreabiertos temblaban como los de un niño alterado por la fiebre, que se vuelve lánguidamente á su madre para hacerle comprender que tiene sed.

Un hombre del campo que se había detenido á la puerta de Jerusalén, iba cargado con una cruz dispuesta para Jesús. El hijo de María la había arrastrado hasta la puerta desde el pretorio; pero habiendo caído no le fué posible levantarse, y tuvieron que desembarazarle del peso.

El día se oscurecía cada vez más y grandes nubarrones parduzcos impedían alumbrar al sol,

de tal modo, que parecía el crepúsculo de una mañana de invierno.

— ¿Qué crimen ha cometido ese hombre? preguntaba á un fariseo uno de los extranjeros que venían á Jerusalem.

El fariseo era un hombre que pasaba por un sugeto lleno de *moderacion y cordura*, y recogiendo para dar solemnidad á su respuesta, le dijo con voz cuyo acento procuraba suavizar:

— Ese desgraciado es víctima de su ambicion y de su locura. Fruto impuro de una falta de su madre, aseguran que era mirado como hijo adulterino por el carpintero José, que murió de pesadumbre; deshonorado desde su nacimiento ha tomado odio á los hombres, y para obligarles á que se deguellen unos á otros ha inventado una nueva religion. No ha perdonado medio de corromper la fé antigua, que es lo que mantiene aun la nacion judía; predicia á los ignorantes y á las mugeres exaltadas la ruina del templo y de la ciudad; de este modo pensaba crearse un partido al cual procuraba atraerse con los mas horribles misterios, y se ha llegado á decir que para hacerse amar de aquellos á quienes engañaba les ha hecho beber su propia sangre! Lisongeaba las *malas pasiones* de los que desacreditan la religion y la moral; gustaba de la amistad de los publicanos y prostitutas, comiendo y bebiendo con ellos y perfumando sus cabellos. De este modo insultaba hasta lo mas sagrado, y queria colocar al hombre mas alto que la ley, como si la ley no se derivase de Dios mismo! Pero ya



veis que *afortunadamente* el pueblo no está aun corrompido porque él mismo ha pedido la muerte de ese impostor y le maldice en el momento de su suplicio.

En este momento reinaba un profundo silencio entre la multitud y solo se oían los martillazos y algunos sollozos entrecortados. Viéronse luego levantar tres cruces cargadas con tres cuerpos ensangrentados. La vista faltó á María y un sudor frío corrió por su cuerpo ; pareciendo que iba á morir pero al fin se sostuvo.

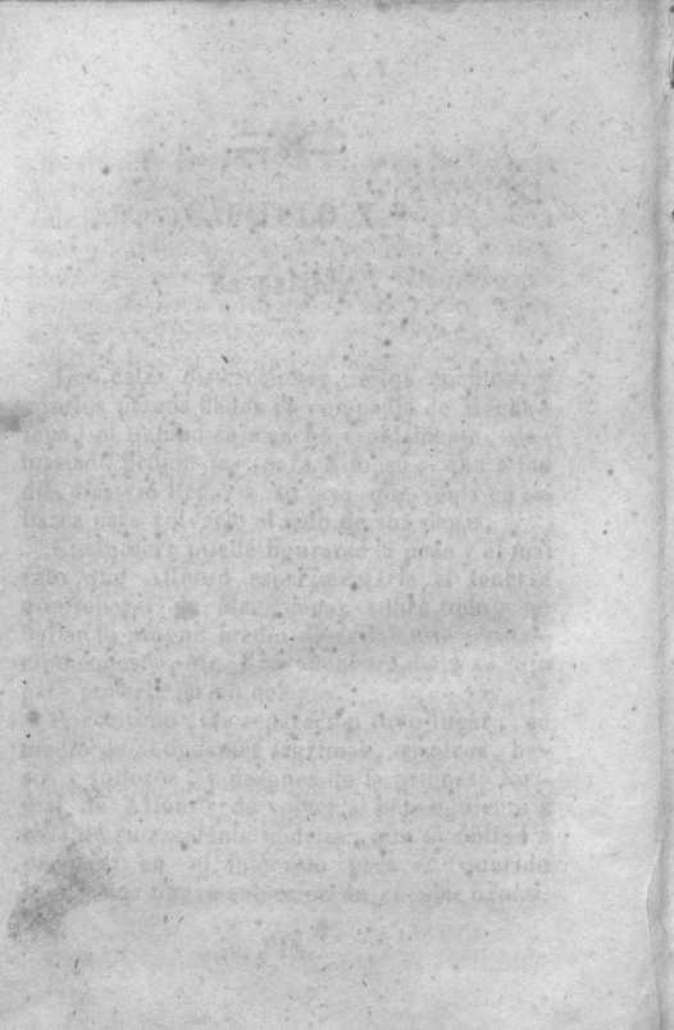
Oreb estaba crucificado á la izquierda de Jesus y Johanam á la derecha. María estaba de pie bajo la cruz de su hijo; el herido de Jericó como un amigo fiel cerca de la de Johanam. Oreb no había amado durante su vida, ni había hecho bien á nadie antes de morir, estaba solo y hacia desesperados esfuerzos.

—Sálvate á tí mismo y sálvanos si eres hijo de Dios! gritó á Jesus.

—Oreb, le dijo Johanam, no te obstines en el crimen; hay otra justicia que no es falible como la de los hombres, pues que este justo muere como nosotros!... Señor, añadió dirigiéndose á Jesus, cuándo llegará el siglo de la libertad y de la justicia suprema?

—Para tí empieza hoy, le dijo Jesus, hasta ahora solo la muerte ha sido la puerta del reinado de Dios, y sucederá así hasta que la doctrina de fraternidad y asociacion que yo he venido á anunciar haya recibido cumplimiento aquí bajo.





10/10/10

17



G 233916